



# “5 minutos con Dios”

## La Vida de Madre Esperanza (y 3)



### El Crucifijo

Expresión plástica, **fiel retrato y compendio teológico del Amor Misericordioso** es el bellísimo crucifijo que se venera en el Santuario de Collevalenza. Está su origen envuelto en un bonito misterio. El judío que la madre presentó para que posase..., **demasiado parecido a Jesús**. Coullaut Valera puede estar orgulloso con su obra. Estuvo algunos años en la capilla del colegio de Larrondo en tierras bilbaínas. Ahora es el eje, **corazón y centro del Santuario de Collevalenza**. Es eso, el Amor Misericordioso, precisamente. **Un Jesús vivo, en postura erecta y digna, con los ojos cargados de serenidad y cariño mirando al Padre** para recordarle su oblación voluntaria y eficaz:

*“Padre, no se lo tengas en cuenta; que no saben lo que hacen”*. Están cuidados hasta los últimos detalles: el letrero trilingüe, la rozadura de la soga en el cuello, cada gota de sangre. La palabra latina “Charitas” en el corazón lo suficientemente elocuente, como la corona que recuerda su realeza connatural. Una gran Hostia blanca en el dorso nos está recordando que el sacrificio de Jesús se perpetua en la Eucaristía y el título en castellano lo resume todo: **“El Amor Misericordioso”**.

## Con los brazos abiertos

**Collevalenza** es el lugar donde Madre Esperanza transcurre los últimos treinta años de su vida, alternando, en los primeros tiempos, los trabajos del Santuario y edificios anexos, con frecuentes viajes a las comunidades que van creciendo. En este momento cumbre de su vida dice de sí misma que se siente como **una flauta que difunde la melodía de la misericordia**, como **un paño de lágrimas**, o como la **portera del Buen Dios** que abre los brazos a todos para acercarlos a su corazón de Padre.

Nunca quería ser la protagonista. Siempre se consideraba un mero instrumento del Señor, y jamás se atribuía las maravillas que por su medio Dios operaba. Era Jesús el autor, el protagonista de Collevalenza; ella un simple **instrumento en las manos de la Providencia**.



**Siempre con los brazos abiertos** para acoger a tantas personas que llegaban para encontrarse con el Amor Misericordioso y la Madre como buena portera atendía uno por uno. La afluencia de gente no hacía más que crecer hasta que se tuvo que poner un orden a la avalancha de fieles, establecer reservas, encargar a una religiosa el orden y el despacho de la correspondencia.

La Madre Esperanza te recibía con la nobleza de una hidalga española- escribe un italiano- siempre de pie, apoyada un poco con una mano al borde de la mesa, ya que la salud no colaboraba; te escuchaba atentamente, te miraba con aquella mirada suya penetrante, te levantaba el ánimo, te encomendaba rezar al Amor

Misericordioso, prometiendo hacer ella lo mismo. Y lo hacía. A veces gran parte de la noche la dedicaba a orar ante el crucifijo por cada uno de los que ese día había pasado a hablar con ella.

## Un peregrino herido

El 22 de Noviembre de 1981, el papa **Juan Pablo II** hace su **primera salida del Vaticano después del sangriento atentado del 13 de Mayo** del mismo año en la Plaza de San Pedro, y va, como peregrino aún convaleciente, para dar gracias al Amor Misericordioso. El Papa dijo: *“Hemos venido en visita a este santuario porque a la misericordia de Dios somos deudores de nuestra salud”*.

Conocía a la Madre desde que había sido Obispo de Cracovia, y había ido dos veces a verla y hablar con ella. La encontró de nuevo, pero esta vez en una silla de ruedas. **Se acercó a ella, se inclinó y le depositó un beso en la frente.**



Ni que se hubiera concebido para traérsela en homenaje. Ese mismo año el papa había promulgado la **encíclica "Dives in Misericordia"**, que recogía, analizaba, estudiaba y proclamaba al mundo que Dios es rico en misericordia, un Padre bueno, el Amor Misericordioso, lo que la Madre había vivido y anunciado durante toda su vida. El Papa dijo en Collevaleza: *“Este año publiqué la encíclica Dives in Misericordia. Esta circunstancia me ha hecho venir hoy al Santuario del Amor Misericordioso. Con esta presencia quiero reafirmar, en cierto modo, el mensaje de esta encíclica... Desde el comienzo de mi ministerio en la sede de San Pedro en Roma, he considerado este mensaje como mi tarea particular”*.